

CUENTO



Seres que espantan

Hoy el profe nos habló sobre los espantos: duendes, brujas, diablillos. ¡Qué susto encontrarse a uno de estos personajes! Inusual forma encontró el profe para quitarme la tranquilidad y el sueño. Al llegar a casa, como todos los días, mi mamá me preguntó qué aprendí en la escuela; le hablé sobre los espantos y le juré que me portaría bien, si con ello evitaría encontrarlos. Mi madre sonrió y mirándome fijamente afirmó:

—El profesor dice la verdad: En el mundo hay seres que espantan.

—¿Quieres que te cuente? —preguntó mamá.

—Sí —respondí.

Y tomando aguapanela en la cocina, empezaron los relatos.

Duende siempre quiso pertenecer a un equipo de baloncesto; era un verdadero fanático. Su cuarto estaba empapelado con posters de los mejores basquetbolistas. Cada tarde, con el uniforme deportivo puesto y su balón, se imaginaba jugando grandes partidos con grandes oponentes, su equipo siempre resultaba ganador, y la última anotación era hecha por él desde una gran distancia del aro. Duende sabía que la mejor selección de baloncesto adolescente era la de “Los Chiguacos”, de la Escuela del sur. Quería demostrar su talento en ese equipo. Sus padres que lo amaban tanto inscribieron a Duende en las convocatorias, para que así pudiera cumplir su sueño.

Duende estaba muy contento, llegó puntual el día de las pruebas, observó a los jugadores desde lejos; inmediatamente notó que tenían un tamaño bastante superior al suyo, su piel era notoriamente diferente, se notaba su experiencia y sintió miedo. Respiró profundamente; caminó a través de la cancha; los jugadores lo miraron con atención; le abrieron paso; luego se miraron entre ellos; comenzaron a reír y surgieron crueles sobrenombres:

—Chaparro, chaparro —coreaban las porristas.

—¿Quién pidió una mascota? —gritaban los adolescentes con sorna.

Duende se sintió terrible y con tristeza se marchó sin siquiera intentar cumplir su sueño. No quiso saber nunca más sobre pertenecer a un equipo de baloncesto y decidió que su destino de aquí en adelante sería hacer lo propio de un duende: ser travieso, enduendar mujeres y, de vez en cuando, tocar flauta para enamorar parejas. ¡Ser un deportista, quedó en el pasado!

A Bruja siempre le gustó leer. Desde muy niña tomaba libros y los devoraba; sus favoritos eran los de química, le encantaba realizar experimentos, la feria de la ciencia de las escuelas de brujos, magos y hechiceros era su evento favorito; esperaba este evento con ansias y participaba en él cada año. La maestra de química enfermó. El consejo de brujos envió al maestro sustituto. El hechicero no conocía a sus estudiantes y en un par de semanas se llevaría a cabo la feria de la ciencia; por tanto, sugirió a los participantes realizar un experimento de poca complejidad. Bruja levantó su mano, no estuvo de acuerdo con él y describió el experimento con el que participaría, era uno de mayor complejidad. El brujo se dio cuenta que él no sabía de lo que Bruja hablaba y sintió miedo en reconocer, frente a los demás, que Bruja tenía más conocimiento en química que él; decidió hacerla quedar en ridículo:

—Las Brujas nunca sabrán más que los brujos, difícilmente podrán hacer un hechizo de manera correcta.

—¡Intenta preparar pócimas simples, haremos los experimentos como yo digo! —agregó Brujo.

Lastimosamente, Bruja creyó esas palabras y no volvió a realizar experimentos; abandonó la ciencia y se dedicó a hacer lo propio de una bruja: hechizar a hombres, quizá llevarse a algunos niños y llenarles la panza de dulces, sería la más siniestra de las brujas. ¡Convertirse en científica, quedó en el pasado!

Diablillo era un chiquitín muy juguetón e imaginativo, quería ser escritor, le gustaba inventar personajes, mundos fantásticos, nuevas lenguas. Con emoción narraba sus historias como si realmente hubieran sucedido; sin embargo, sus padres lo reprendían:

—Diablillo mentiroso, pierdes el tiempo.

Le insistían en hacer cosas propias de un diablillo:

—Haz travesuras, juega con bromas, jala el pelo a las niñas, molesta a las personas. Estas palabras desanimaban a diablillo y lo ponían muy triste.

Diablillo no sentía el apoyo de sus padres para alcanzar su sueño de ser escritor; tal vez si fuera más parecido a ellos se sentirían felices y le demostrarían cariño en lugar de amenazarlo con usar el juguete o ponerle ortiga en su ropa interior para obligarlo a hacer travesuras con ellos. Diablillo entonces decidió dejar de soñar con otros mundos y se uniría a los planes de la familia. ¡Ser un escritor, quedó en el pasado!

—Mamá, me parece muy triste lo que le pasó a Duende, a Bruja y a Diablillo.

—Así es, mijita...

En el mundo hay seres espantosos: la burla, la humillación, la falta de cariño, son actitudes tan riesgosas que lastiman a los grandes y a los niños:

Si cada uno es altruista
y al otro mostramos empatía,
lo espantoso quizá ya no exista
y reinará el amor, la tolerancia y revivirá la fantasía.

Si cualquier ser, en tu presencia
hiere a otro en lo más profundo,
no pases con indiferencia
muestra rechazo, no lo dudes ni un segundo.

Requiem Aeternam Dona Eis, Domine

Cada encuentro social es, por naturaleza, un espacio ilimitado de observación de la condición humana y de sus múltiples facetas. Sin embargo, hay encuentros que por sus características inherentes proveen un espacio diferencial de reflexión, respecto de los demás y de nosotros mismos. Tal es el caso de los velorios, o velatorios, celebraciones tradicionales en las cuales las personas allegadas a un difunto lo acompañan, así como a su familia, antes de que el cuerpo llegue a su morada final.

Sinceramente, no soy un asiduo asistente a estas celebraciones. De manera general, considero mejor recordar a quien ha muerto, tal y como era, cuando su cuerpo aún poseía el soplo de la vida, cuando el manto de la noche no era más que una lejana promesa; de otro lado, para quienes quedan, procuro estar presente durante el tiempo, aún más allá de los dos días del velorio, más de los nueve del novenario. Aun así, hay velorios a los cuales no se puede escapar, y este es uno de ellos.

Seguramente Dios la tuvo entre sus predilectas, puesto que el día de su muerte y su velorio el paño lúgubre de la muerte se hizo presente en el cielo, haciendo al sol un extraño en aquellas horas. Y de seguro que fue una predilecta del Padre, puesto que como a todos ellos, llenó su vida de infinitas pruebas, dolores y enfermedades. Fue una persona honesta, la personificación de la bondad y la entrega, fue una buena cristiana, un ser humano excepcional. En la vigilia de su fallecimiento, todos la recordaban de tal modo; los asistentes, al dar el pésame a sus familiares, se deshacían en halagos (totalmente justificados) para la difunta. La tristeza y la congoja recubrían las habitaciones de la vieja casona, de la cual se destinó el cuarto más amplio para el féretro, y el cual siempre se encontraba una corte de allegados elevando constantes oraciones por el alma de quien nos había dejado.

Había, entre ese grupo de personas, una que llamó mi atención por sobre las demás. La pude observar desde el patio de la casa, en el cual se habían dispuesto algunos asientos, cobijados por un techo improvisado de plástico. Era el esposo de la fallecida. Su rostro, surcado por el paso de los años y la mella de los trabajos, tenía una expresión de consternación, de tribulación. La luz mortecina de los cirios y las velas remarcaba a lo lejos la humedad en sus ojos, y potenciaba el aire de abatimiento de su corazón. Era una persona mayor, de aproximadamente ochenta y cinco años, de pelo cano y, aunque en una posición de recogimiento, delataba un porte marcial, rezago de sus años de juventud. Estaba sentado en una silla de madera, cercano a la cabeza del ataúd, con sus manos entrelazadas, las cuales sostenían por momentos, ya sea su frente o su mentón.

La expresión del viudo adquiría cada vez más abatimiento. De lejos, daba la impresión de estar orando, acompañando los interminables rosarios que se rezaban en la habitación. Sin embargo, el movimiento de sus labios no correspondía la procesión de “Ave María” que se manifiesta en el recinto. Tampoco puedo decir con certeza qué palabras podían brotar de su boca. Tal vez, fueron de amor, de aquel amor surgido hace sesenta años, cuando él tenía veinticinco y ella despuntaba los diecisiete. Tal vez le recordaba aquellas palabras con las cuales él se ganó su corazón por sobre aquellos que la pretendían. Tal vez rememoraba aquel inicio de una vida juntos, la construcción de su hogar, el nacimiento de sus hijos, el empeño con el cual salieron adelante, y las múltiples veces en las cuales fueron solo los dos contra el mundo. Quizá pensaba en cuántos sacrificios hizo ella por un “nosotros”.

Más aún, quizá recordaba aquellos días de trabajo incansable, de las moliendas y el trapiche, en los cuales él quedaba absolutamente cansado, y recibía el aliento amable de su esposa, traducido en una deliciosa comida, en un trato sumamente considerado, y en una abnegación y disposición absoluta. Quizá le agradecía por prolongar su linaje, por darle el regalo de la vida materializado en varios hijos y muchos más nietos. Tal vez le agradecía por haber sido todo lo que fue, y aún más de eso.

Y, muy seguramente, esas palabras que se ahogaban antes de nacer eran de súplica, de perdón, de culpa. Seguramente buscaba el perdón de su esposa, por su indiferencia hacia ella, por tratarla como si fuese un objeto más que estaba a su disposición, y que solo atendía a sus necesidades. Seguramente buscaba su indulgencia por la vida que le dio, de trabajo sin recompensa, de subordinación, de relego, de incumplimiento de aquellas frases de amor de la juventud.

Es muy probable que buscara su clemencia por matar parte de su alma cuando la engañaba, cuando en lugar de estar con ella compartía lecho con un ser grotesco y mezquino, con una mujer que, por sí misma, era un insulto para lo que fue la recién fallecida. De seguro que buscaba redención por ser más con alguien tan menos, por el segundo plano que le dio, y por la condena en vida que le significó a ella tratar de ignorar aquello que era una voz a gritos para el mundo. Posiblemente el corazón del anciano daba un vuelco al reconocer su deslealtad, su orgullo al solo dejarse amar sin corresponder, su desidia ante la enfermedad que poco a poco consumía a su esposa, su inacción ante el creciente dolor físico de ella, su indolencia en la agonía... Tal vez él sabía que, en un futuro cercano, su propia agonía se avecinaba, y ello le llevó a ser consciente de su condición mortal, y a buscar el perdón que tanto anhela el moribundo, y que él, a diferencia de ella, requería tanto... tal vez no era él quien hablaba, sino su culpa, la cual lo cubría en aquella noche.

Todo esto pensaba yo, mientras veía el ensimismamiento de aquel individuo. Al llegar la hora de partir, eché un vistazo final a aquella escena, que luego de cuatro horas no había mutado. No lo he vuelto a ver desde aquel entonces.

Quizá ahora su rostro se encuentre iluminado por el perdón surgido de la confesión, quizá sus ojos aún delaten su tristeza y remordimiento, quizá se haya hundido en el pozo del arrepentimiento y lo execrable. Aún más, seguramente todo aquello que atribuí a aquella escena solo fue una hipótesis etérea. Quizá fui indulgente al personificar en aquel anciano un ser con sentimientos, quizá no ocurrió nada más que el ver un hombre rezando sin cesar el “Ave María”. Quizá la culpa es algo tan imperioso que, cuando no la vivimos, la personificamos en los otros.

La felicidad convertida en sufrimiento

En la ciudad de Liliput vivía Adriana, una mujer de veinticinco años, independiente, emprendedora, casada con un excelente hombre llamado José Luis, quien era un abogado profesional reconocido en dicha ciudad.

Definitivamente Adriana tenía una vida de ensueños, pero su vida empezó a cambiar, el día en que su trabajo, la empresa LAPS, la ascendió al puesto de gerente. Adriana invadida de felicidad y lágrimas en sus ojos, agradeció a todos los presentes; no obstante, su compañera Laura, no sintió esa misma alegría por Adriana, al contrario, su rostro se tornó frío, de ira, impotencia. Igualmente, como en todas las mañanas, José Luis llevó al trabajo a su querida y amada esposa Adriana, pero este no se percató que ella no entró al trabajo y se marchó. Simultáneamente, Adriana fue sorprendida por dos hombres encapuchados que la raptaron y la subieron a un carro tapándole los ojos.

Así mismo, llegando al destino previsto, a Adriana le quitaron la venda y sorprendida miró a su compañera Laura, quien, con una gran sonrisa, le dijo:

—Todo lo que tienes: esposo, trabajo, casa, no te lo mereces. Estoy cansada que sobresalgas en todo, lo mejor es que no existas.

Dichas estas palabras, Laura regresó al trabajo como si nada. Luego de muchas horas el jefe David preocupado le marcó a Adriana, pero ella no contestó. Llegada la noche, José Luis se enteró de lo sucedido y se dirigió a poner una denuncia por desaparición.

De manera que pasaron los días y la angustia era más desesperante, por lo que no había rastro de Adriana, mientras tanto Laura había mandado a la selva de Zendu a Adriana, donde la sometió a maltratos y mala alimentación. Su actitud en el trabajo

empezó a cambiar, por lo que la catalogaron como posible sospechosa y la investigaron por sus actos.

Con la intención de dar con el paradero de Adriana, su jefe David decidió darle el puesto de gerente a Laura. Se emocionó con la noticia y corrió a llamar a su amigo Sebastián, quien está a cargo de Adriana, y le dijo:

—Sebastián, por fin estoy obteniendo lo que tanto anhelé, un mejor puesto y salario. Valió la pena desaparecer a Adriana, era la que estorbaba en mi camino (sin saber Laura que estaba siendo grabada). Enseguida David llevó el video a la estación de policía donde se evidencia que Laura tiene secuestrada a Adriana. De manera rápida, la policía procede con la captura de Laura, quien se ve obligada a confesar la verdad y a confesar el porqué de sus acciones.

Finalmente, prosiguieron al rescate de Adriana, donde la fueron a buscar por medio de lanchas, helicópteros hasta llegar a la selva de Zendu. Al mirarse sometido, Sebastián se entregó y lograron rescatar a Adriana, quien se encontraba en un mal estado físico. Al llegar a la ciudad de Liliput, Adriana es recibida por su amado esposo y sus compañeros de trabajo, quienes emocionadamente corren a abrazarla. Luego de algunos meses de recuperación, Adriana vuelve a su trabajo, con muchas más ganas de vivir.

Apetito de los dioses quillacingas

Me encontraba recién llegado a mi pueblo. Habían pasado ya 26 meses y 3 días, lo mismo que me demoraba en llegar a las montañas donde nací. El bus escalera me dejó en la muy cambiada y esbelta plaza central. Ahora estaba llena de casas de tres pisos como mínimo y dos bancos, uno en contraposición al otro en cada esquina. No supe qué calle tomar, así que pregunté a un anciano quien daba de comer migas de pan a las palomas, le pregunté que si sabía en dónde quedaba la casa de la Abuela Kantuta. Él, desconcertado miraba fijamente mis ojos, tal cual un Tarpuntay, tratando de descifrar mi intrincada y acelerada vida.

Pasados varios ligeros segundos para él y pesados para mí, no sé si del cansancio del viaje, me señaló con su mano derecha la calle del Bautista, ahora la 18. Di siete pasos exactos y me dijo:

—Pachacamac está feliz de tu regreso. Aún más extrañado seguí caminando, contemplando la intacta e imponente Nina Urku. Tomé otro bus. En su única puerta iba un niño con fuertes rasgos indígenas gritando exasperadamente su lugar de arribo:

—¡Torobajooo, Torobajooo, Torobajooo! ...

Todo el camino pensaba en lo único en lo que no quería pensar, las extenuantes clases de etnolingüística; no por su contenido, sino por la pasividad pedagógica y didáctica del maestro que la impartía; pero justo, en el momento en el que mi meditación sobre los cambios revolucionarios en la educación se hacía más profunda en mis interiores, el niño indígena gritó una vez más:

—¡Llegamooos, úuultima paradaaa!...

Ese rugido de joven jaguar me restableció a mi realidad. Bajé del bus. Seguí caminando hasta poder descifrar la antigua entrada que llevaba al hogar de mi familia. Empezaba a escuchar el río y en mi interior sabía que estaba cerca. Me

dejaba guiar por el aroma del amor que suscitaba en mí, el sancocho y el cuy preparado en leña. Llegué a una vieja puerta muy similar a la que mis pequeñas manos forzaban al abrirla un par de décadas atrás, e irracionalmente sentí miedo por descubrir que aquel portal no fuera el que me llevara a mi génesis. Pero no fue así.

Ahí estaba ella. La Abuela Kantuta en su Tulpa, erguida y fuerte como nogal a sus 73 años, preparando toda la comida para celebrar el bautizo de mi último primo con 3 meses de nacido y a quien misteriosamente nombrarían Tupac Wari, el señor protegido de los dioses y además el primer nombre con etimología Inca en mi familia. Aparte de la abuela, la casa estaba llena de familiares que ni siquiera había imaginado, era todo un legado cultural celebrando la existencia misma y el encuentro con papas, arracacha, mote, habas, mazorca, ají, chicha y 33 cuyes asados. Y, enseguida, ya estaba imaginándome que de seguro así fueron las celebraciones precolombinas.

Pero, ¿por qué siempre se sirve cuy? Si durante mis viajes había tenido la oportunidad de deleitar mi paladar con lo más variado de la comida colombiana. Así que dirigí mis dudas hacia la abuela y le pregunté:

—Kantuta, ¿por qué cada vez que tenemos una celebración familiar la festejamos con cuy asado?

Solos en la cocina. La abuela volteó su mirada hacia mí. La candela de la tulpa iluminaba la mitad inferior de su rostro de forma cálida y un poco terrorífica. Su mirada muy similar a la del anciano Tarpuntay de la plaza central interrogaba mis pupilas en la oscura intimidad de mi pregunta y la de la cocina.

—¡Sebastián! —exclamó. Ahí me desperté del universo en que su mirada me atravesó.

—Tu curiosidad no ha cambiado en nada. Eso se lo debemos a nuestros ancestros, —me respondió.

Seguro el gesto que hice con el rostro le mostró aún más mis dudas. Dejó su quehacer y se sentó a mi lado y tomándome las manos, empezó a contarme:

—Desde el Tahuantinsuyo, el imperio incaico que trató muchas veces dominarnos como pueblo y a quienes debemos el nombre de Quillacingas, los no

sometidos. Desde aquella época ya se comía cuy por estas regiones. Según contaban nuestros ancestros. Únicamente en las noches de luna llena desde las profundidades de La Cocha salía el dios Viracocha a admirar en silencio la belleza de la Willka Quilla, La Luna. Eso sí, siempre lo hacía muy silencioso y escondido para no despertar la furia del dios Pachacamac, el padre de la Willka. Viracocha caminaba como siempre, una noche cada 30 días, desprevenido mirando al cielo. Específicamente admirando la radiante belleza de Quilla.

—Él salía de la costa norte de la laguna y emergía lentamente del agua hasta llegar a la Riviera cercana a las primeras casas asentadas junto al embalse, ahí seguía caminando hasta que la tierra terminaba y volvía a la laguna para flotar hasta que la isla de La Corota irrumpía su delicioso flote.

—Acto seguido, el dios creador subía a la isla y se recostaba sobre un planchón de piedra que resultaba ser la parte del tórax de un gigante guerrero de la era de piedra. Y que posteriormente por deseos de Pachacamac habían pasado a ser las montañas y los valles que hoy se conocen y nos rodean.

—Recostado sobre el pedazo de torso, Viracocha se quedaba hasta a las 4:20 de la madrugada mirando únicamente a Quilla. A esa hora volvía a sumergirse porque era la hora precisa en que Pachacamac pasaba volando por el cielo de la región de los Pastos en su rutina diaria de vigilancia. Así ya venía varios meses. Los aldeanos ajenos e ignorantes de la obsesión amorosa del dios. Una mañana cuando empezaban a mejorar los métodos de domesticación del cuy, construyeron por toda la Riviera y junto a sus chozas, cuyeras improvisadas con madera y abarrotadas de cáscaras de papa, maíz y arracacha para que los animales no se escaparan.

Esa noche, el dios de las aguas, ignorante de los fructíferos métodos de domesticación animal que adelantaban los humanos, salió una vez más. Era una noche de septiembre. Como de costumbre Viracocha emergió sin afanes y distraído; pero al poner el primer pie en la Riviera tropezó con una cuyera. Trató de adquirir equilibrio y no hacer ruido; pero su intento fue fallido, pues su otro pie también tropezaba con la cuyera de la choza siguiente y cayó aplastando casi la mitad de las

cuyeras, provocando un temblor que hizo que las aguas del Encano salieran de su embalse y que Pachacamac seguro percibiría en su vuelo.

—Aun estando Viracocha en el suelo, Pachacamac aterrizaría para darse cuenta de los destrozos de su semejante. Pachacamac como fiel protector de sus creaciones, entre ellos, los animales, se entristeció y enfureció al ver a tantos cuyes sacrificados sin un objetivo, veneración y su consentimiento. Así que tomó a Viracocha del cuello y ascendió hasta los cielos y enfrente de la Willka lanzó al enamorado dios de cabeza por los cielos estampando su cráneo en la isla.

Pachacamac bajó, y dio instrucciones al pueblo Quilla de Viracocha:

—¡Salgan todos de sus casas y saquen a sus hijos de ellas! Vean lo sucedido, aprendan de lo vivido y compartan lo aprendido.

—Este día, cada año y cada septiembre harán lo siguiente en mi nombre y en nombre de su salvación. Cortarán por primera vez el cabello de sus hijos y sacrificarán un cuy por cada niño aplastándole la cabeza como ha sucedido hoy con su dios, recordándole que no debe enamorarse de una diosa superior a él. Cuando sus curacas o taitas hagan limpias, usarán los cuyes negros para sacar los males personales y luego los destriparán en busca de señales de mal alguno.

En la construcción de sus casas, antes de poner el techo, rociarán con sangre de cuy sus paredes garantizando su solidez. Y así mismo para cuando inicie la primavera, para garantizar una buena cosecha, rociarán los campos y tierras con la sangre de cuyes sanos y gordos. Estas prácticas estuvieron incorporadas en nuestros pueblos hasta la llegada del Pachakutik. Cuando llegaron los invasores católicos y cambiaron el sacrificio por la celebración y veneración de santos. Lo que no saben nuestros conquistadores es que Viracocha, cuando creó a los primeros curacas les compartió un secreto, y les dijo que de las comidas preferidas de los dioses (hasta el de los invasores) son los cuyes.

Taki-Wayra (Viajeros del viento)

Taki (canción, música, baile), un joven campesino, vivía en Villaviciosa, una comunidad pequeña y trabajadora que se instalaba al pie de un volcán y cerca de un hermoso riachuelo, rodeada de montañas de muchos colores. Las épocas eran difíciles y las lluvias habían inundado los suelos de las cosechas. Taki se había convertido en un líder del pueblo y trataba de alentarlos con poemas y trovas para no perder la esperanza.

Un día, en la cima de una montaña, apareció una bella doncella de cabellera oscura y piel tersa, que caminaba entre los árboles acompañada de aves e insectos. Taki se acercó para preguntarle su nombre y qué aventuras la traían hasta su pueblo. Ella sonrió, lo miró fijamente a los ojos y le mencionó su nombre en una hermosa melodía. La princesa Wayra (viento) hija de Hanaq Pacha (señor cielo), visitaba aquella tierra. Le contó que había recorrido muchos pueblos y ciudades donde cada vez se veían menos las estrellas, pues el cielo se tapaba de nubes naranjas y las aves que la acompañaban se quedaban sin árboles para su hogar, sin poder volar con tranquilidad. Su viaje la llevó por muchos lugares donde rescató aves e insectos que ya no eran felices, por la cantidad de humo, polución y cemento que los dejaba sin lugar para vivir, buscando algún paraje donde ellos pudieran nuevamente sentirse en libertad y llevar vida.

Taki escuchando atento, la invitó a Villaviciosa, le enseñó su aldea, le presentó a su gente y cómo les recitaba para mantenerlos motivados. La princesa acompañó los poemas con hermosas melodías creadas por la zampoña, un instrumento mágico que con la fuerza del viento concebía hermosos sonidos similares al canto de las aves. Todo el pueblo se llenó de alegría y sintiendo nuevas fuerzas, retomaron las labores de siembra y cosecha para ser pronto un pueblo lleno de frutos, flores y animales llenos de vida. Taki y la princesa Wayra, se enamoraron y se convirtieron en el centro

del pueblo. De su amor nacieron instrumentos, cantos y melodías nuevas que recordaban las historias del pueblo e imprimían los sueños de sus habitantes.

Villaviciosa vivía en armoniosa paz y abundancia, pues con la llegada de la princesa, el pueblo de Taki se llenó de flores y frutos nuevos que traían, tales como polen y semillas, las aves e insectos de la princesa Wayra. Pronto se convirtió en uno de los lugares más encantadores y biodiversos, lleno de aves surcando los cielos y hermosos terrenos de coloridas siembras. Las historias de la doncella habían llegado a muchos pueblos a lo largo de la cordillera andina, generando envidia sobre esta prosperidad.

Una mañana, Villaviciosa amaneció en completo silencio, ni las aves ni los insectos cantaban. Todo estaba apagado. Taki se dio cuenta que su princesa había sido raptada y los opresores dejaron su mensaje quebrando todos y cada uno de los instrumentos que interpretaban juntos y demostraban su amor.

Taki y la comunidad cayeron en una tremenda tristeza. Los animales no querían moverse, ni cantar, ni ladrar o mugir. Las flores no querían abrirse al sol y todos los frutos y plantas se estaban secando. No había aves en el cielo, ni insectos que revoloteaban entre los jardines. Villaviciosa, nuevamente estaba en crisis, pero esta vez Taki no tenía ánimos para sembrar esperanza con sus poemas, pues había perdido a su inspiración, a su amada música de viento y no le nacía ninguna melodía.

Una noche tormentosa donde no se escuchaban más que relámpagos y llantos, Taki recibió la visita de un brillante insecto. Al principio parecía una pequeña estrella fulgurante en el cielo, pero poco a poco se acercó a él y se posó en su mano. El insecto le dijo que traía un mensaje para él. La princesa Wayra lo había enviado a escondidas para decirle dónde podía encontrarla, además de comentarle que tendría varios mensajeros para guiarlo, en el día y en la noche.

Taki reunió a todo el pueblo en la mañana siguiente, les comentó del mensajero y les prometió recuperar a su princesa para devolverle la vida y el color a su aldea. Las ancianas del pueblo le empacaron comida y ropajes, mientras que los jóvenes le ofrecieron sus mejores armas, pero él decidió solo llevar la zampoña

mágica de la princesa, el único instrumento que sobrevivió a la destrucción de los captores de su amada.

El miranchurito, un ave negra con color amarillo le indicó la primera parte de su recorrido. Taki salió de su tierra para adentrarse en largos caminos de montañas y bosques en los cuales iba encontrando varias aves e insectos desconocidos que se unían a su andanza, recordándole, con sus cantos, el amor por su princesa. Luego de varios días llegó a los pies de un hermoso lago frente al gran volcán Imbabura y fue interceptado por varios habitantes de ese territorio. Al principio lo miraron con desconfianza, pero al ir acompañado de aves cantoras, los integrantes del pueblo le mostraron su tesoro máspreciado. Un instrumento alargado de madera llamado pinquillo que les daba alegría y color a sus días, pero que había dejado de sonar tras el ataque de un grupo de guerreros ladrones que les destruyeron todos sus instrumentos.

Taki tomó el pinquillo, lo acomodó un poco y lo sopló, haciendo que nuevamente salieran notas de música y alegría de él. Los habitantes del pueblo, felices de volver a escucharla, le enseñaron el ritmo que llenaba de vida a su tierra: el San Juanito. Luego de tomar fuerzas con los habitantes de Imbabura y sus melodías, un ave de coloridas plumas azules y anaranjadas se presentó ante Taki y le enseñó la siguiente parte de su recorrido. La Tangara carifuego lo llevó por montañas y valles hasta llegar a la ciudad de Quito. Una vez ahí encontró las calles en un profundo silencio. Igual que en el territorio anterior, una tribu de ladrones los dejó sin instrumentos. Taki les ayudó a arreglar sus bombos, tambores y los instrumentos de viento como el rondador y la quena. Los habitantes estaban tan emocionados de volver a tocar música que le enseñaron al visitante su ritmo favorito para alegrar a la comunidad: el pasacalle andino.

Taki contento de poder ayudarlos y lleno de nuevos ánimos, aprendió este ritmo en su zampona y decidió que le mostraría estas bellas músicas a su amada cuando la rescatara. Tras varios días en Quito, llegó un mirlo que lo llamó nuevamente al recorrido, el último tramo de su viaje.

Viajaron juntos entre hileras de montañas, pequeñas, elevadas, muy sembradas y otras escapadas, llegando finalmente hasta una gran montaña, el Cerro Rico, ubicado en Potosí, Bolivia. Al subir el cerro, un colibrí negro le anunció sobre su amada retenida en una jaula de plata que era custodiada por varios guerreros ladrones. Taki llegó hasta la cima y se encontró con un centenar de guerreros que inmediatamente se colocaron a la defensiva. Él les ofrece de buena manera, entregarles su zampona mágica a cambio de que liberen a su amada, pero los captores no se lo dejan tan fácil; ante la insistencia y valentía de Taki le proponen un trato: si Taki sigue en pie o los vence hasta que se oculte el sol, puede liberar a su princesa. Inició una disputa acompañada por un ritmo particular, el Tinku, que da ambiente a la contienda.

La pelea les llevó toda la tarde mientras el sol andino seguía en el cielo. Taki ya agotado de la pelea rogaba porque acabara la tarde y pudiese rescatar a su amada. Su amor por ella y por llevarla nuevamente a casa lo mantuvieron en pie soportando la gran lucha; sin embargo, sus fuerzas iban desvaneciéndose. Las aves que veían la batalla se dieron cuenta de esto y le contaron a la princesa Wayra, quien decidió hacer una ofrenda y pedirle un enorme favor al más grande de las aves de la tierra andina, el gran Cóndor Andino. La princesa envió hasta el Cóndor, pajarillos de hermosos cantos, que al escuchar la historia contada por las aves y ver que las fuerzas de Taki desvanecían, con sus grandes alas, tapó el sol para que terminara la tarde.

Al hallarse en oscuridad Taki cayó de rodillas al suelo y frente a sus ojos se abrió una gran puerta en el cerro que lo llevaba hasta donde se encontraba su amada. Entró por la gran mina y recorrió sus túneles de paredes brillantes a la luz de las antorchas, hasta llegar a una gran jaula de plata. Su corazón latía con fuerza y añoraba el momento de abrazar a su princesa, pero al acercarse al armazón plateado solo encontró una gran pluma blanca y en ella un escrito.

—Amor, mi Taki, mi gran poeta.

Los guerreros ladrones hicieron un gran daño, porque descubrieron la magia y vida que transmite la música y ellos nunca pudieron crearla como querían. Sin embargo, tú devolviste a aquellos pueblos su alegría y color. Tu amor por mí salvó

sus vidas y hoy yo salvo la tuya convirtiéndome en esta melodía que conmovió al gran Cóndor y con sus alas tapó el gran sol. Ellos nunca pudieron capturarme, porque yo siempre viajé contigo. Llévate este canto, con las aves, con el viento y ofréndale a nuestro pueblo este aliento de amor, pues en cada sonido, ritmo y canción que aprendiste estaré para darles vida.

Taki entendió que su amada le había salvado la vida, pero no solo con la ayuda del gran Cóndor, sino con la música que en cada pueblo aprendió y lo llenaba de fuerzas para continuar su viaje. El músico y guerrero Taki, salió del Cerro Rico y emprendió el viaje hasta su tierra, hasta su amada Villaviciosa, ubicada entre las montañas nariñenses.

Pasó de regreso por los territorios que le habían enseñado nuevas músicas y se cargó con hermosos instrumentos y composiciones que llevaría a su pueblo. Al llegar a su querida Villaviciosa, lo vieron acompañado de varias aves de hermosos colores que quisieron ir a su aldea de cielos despejados. Taki les mostró a todos los hermosos instrumentos, muchos de ellos interpretados por el viento, como lo hacía la princesa y les enseñó que en cada nota y canción que interpretasen estaría el amor de la princesa Wayra. Así como ella con el viento les regaló vida, abundancia y sonido, ellos protegerían y atesorarían su legado. Todo el pueblo resurgió lleno de alegría y canto, creando un gran desfile lleno de música y color para hacerle un homenaje a su amada princesa, a su amada música y a su adorado viento.

Relato con un título relativo a Bukowski: “Se busca una mujer”

En los días que siguieron a la peste, cada uno de los hombres que se infectaron empezaron a soñar, aún en la vigilia. Nadie sabe con exactitud qué la detonó, ni por qué solo afectaba a los hombres; el hecho es que cada uno de ellos buscaba una mujer que, en principio, según los primeros reportes, se diferenciaba por detalles de color: de piel, de cabello, de ojos, pero que, a grandes rasgos, era la misma: una mujer notable.

No pretendo rastrear con mi relato el origen de la peste, solo describiré lo que en lo propio creo rescatable de aquel tiempo. Para los apocalípticos, que se preguntan si el mundo se detuvo o hubo un agravante mayor que pusiera en riesgo la supervivencia de la especie, no, no fue así. Ninguna actividad se suspendió en aquellos días ni en los años que siguieron, el mundo siguió con su rutina tal y como antes; por el contrario, se inventaron nuevas cosas, la cultura creció de forma vertiginosa, como en el Renacimiento, los artistas elaboraron grandes murales en las calles, esculturas en las plazas, se publicaron poemarios, relatos, novelas, se estrenaron piezas de teatro inspirados en musas arquetípicas y, de la mano de los hombres de ciencia aparecieron artículos de investigación en todas las ramas que se referían a la mujer que en su trance buscaban.

NICOL VALENCIA
CUARTO SEMESTRE
LICENCIATURA EN LENGUA CASTELLANA Y LITERATURA

En un lejano y muy pequeño pueblo vivía Tyrone con sus padres en una granja. Tyrone era un adolescente poco sociable, le gustaba relacionarse con niños menores, sentía que lo entendían mejor por la imaginación que ellos tenían, pero más que eso prefería estar solo con sus pensamientos. Su asignatura favorita era la ciencia, por lo cual, le gustaba pensar si había vida alienígena en el espacio o si estos ya habían estado conviviendo con nosotros en el planeta tierra y si habría la posibilidad de conocer alguno, le gustaba pensar qué emociones sentiría o cómo actuaría el ser extraterrestre.

Sus padres lo regañaban constantemente y lo tildaban de raro al igual que en la escuela, la cual quedaba un poco alejada de la granja, así que su padre solía llevarlo hasta allí, pero últimamente vivía muy ocupado en labores de la granja con su madre, por lo que Tyrone decidía irse caminando por un atajo que pocas personas conocían y así disfrutar el paisaje y el trayecto para pensar.

Con el transcurrir de los días Tyrone fue notando que el pasto estaba disparejo en algunas partes, lo cual le pareció muy extraño porque este siempre suele estar a la misma altura. Tyrone creyó que podrían haber sido algunos niños jugando, algún animal, algún loco dando vueltas en un tractor y hasta se atrevió a pensar de manera loca y un poco sarcástica que podría haber sido alguna nube espacial. Tyrone estaba tan sumido en sus pensamientos que se dio cuenta que ya estaba llegando a su casa, hasta que escuchó a su madre preguntarle cómo le había ido en clases, a lo que él le respondió que bien, y siguió el camino hasta su habitación.

Dos días después Tyrone aprovechó que no tenía clases para dibujar el cielo desde la ventana de su habitación. Pasaron alrededor de cuatro o cinco horas cuando Tyrone se dio cuenta que algo muy extraño pasó alumbrando por el cielo, eso lo dejó muy intrigado, por lo cual decidió seguir la dirección por la que había ido el objeto, caminó y caminó, hasta que se dio cuenta que estaba llegando al atajo que tomaba para regresar a casa, entre más cerca estaba notaba una luz.

Tyrone escuchó unos ruidos, por lo que decidió esconderse detrás de un árbol, y pudo ver lo que parecía ser una nave espacial y a su lado un ser cabezón y de color verde, así que Tyrone dedujo que era un extraterrestre; era tan grande su emoción que sin darse cuenta tropezó alertando al extraterrestre de su presencia, el cual, de inmediato se transformó en un lobo, cuando Tyrone se levantó miró a todos lados en busca del extraterrestre, pero lo que encontró fue aún lobo herido. Esto le pareció muy extraño porque allí no solían haber lobos, pero de igual forma decidió llevarlo a su casa para curarlo y regresar luego a buscar al extraterrestre.

Cuando Tyrone empezó a limpiar la herida del lobo notó que su sangre no era de color rojo sino de un azul intenso, esto asustó mucho a Tyrone y se alejó de manera desesperada del lobo, cuando de repente este se transformó en una persona idéntica a él y fue entonces cuando supo que frente a él estaba el extraterrestre. Después de unos minutos de visualizarlo se dio cuenta que el extraterrestre no quería hacerle daño, es más, estaba tan débil que casi no podía estar de pie, Tyrone aprovechó la forma humana que tenía este ser espacial para curar su herida, lo vendó y le dio antibióticos un poco preocupado porque no sabía cómo estos actuarían en su organismo, pero supuso que también debía estar “humanizado” por dentro como por fuera. Los} antibióticos hicieron que el extraterrestre se durmiera. Al día siguiente Tyrone vio que su nuevo amigo estaba frente al televisor mirando e imitando todo lo que ahí decían, fue entonces cuando decidió enseñarle a hablar, pero primero quiso darle un nombre, así que decidió llamarle Leonel. Leonel aprendía muy rápido, después de un mes ya lograba dominar el español, así que decidió explicarle que no podía ser idéntico a él, aunque gracias a eso sus padres no se habían dado cuenta que contaban con dos Tyrone.

Decidieron tomar facciones de diferentes personas y así lograr un rostro único, aunque las medidas seguirían siendo las de él. Tyrone aprovechó sus habilidades en computo para crear una identificación a Leonel e ingresar a la base de datos del colegio aprovechando las habilidades de Leonel, Tyrone decidió camuflarlo con los estudiantes de intercambio.

Tyrone presentó a Leonel a sus padres junto con un acta la cual solicitaba un permiso para vivir con ellos por el tiempo que durase el intercambio, los padres de Tyrone aceptaron al ver el perfil de Leonel, pero como no contaban con habitaciones disponibles decidieron que se quedaría junto con Tyrone en su habitación, lo que lo entusiasmó mucho, ya que eso hacía parte de su plan.

Tyrone y Leonel se volvieron los mejores alumnos en clases y hacían todo tipo de actividades. Leonel se enamoró de su vida en la tierra, por lo que decidió camuflar su nave y quedarse a vivir en la tierra.

Secuestro traumático

Esta historia quizás sea un poco traumática. Desde aquel 17 de mayo no volví a ser la misma, a eso de las 12:00 P.M. viví un infierno; recuerdo que el 10 de mayo salí a comprar un regalo para mi madre, yo siempre decidía cortar camino por el colegio, ya que era la forma más rápida de llegar a casa, fue entonces cuando pasé por ahí y sentí a alguien observándome, pero estaba tan emocionada por entregar el regalo a mi madre que lo ignoré. Siete días más tarde, cuando las clases terminaron me quedé a hablar con mi maestra sobre un trabajo con el que estaba presentando dudas, se nos pasó el tiempo, salimos del colegio y nos despedimos, unos metros más adelante sentí que alguien me tocó por la espalda y lo que parecía ser una toalla me la puso en la nariz y fue entonces que perdí el conocimiento. Pero, al poco tiempo, sentí agua fría tocando mi cara, cuando recobré la conciencia vi algo perturbador y alarmante: habían muchas niñas y niños también a mi lado, quienes por su condición parecía que llevaban mucho tiempo aquí, esto me asustó mucho porque creí que nunca iba a salir de ese lugar; luego, vi que un hombre con un pasa montañas se acercaba a mí y me dijo que estaba secuestrada y, si quería salir con vida, debía llamar a mis padres y convencerlos de entregarles 100 millones de pesos. Mi familia nunca había tenido carencias económicas, lo que me dio un respiro, le pasé mi teléfono y él de inmediato le marcó a mi madre y le dijo que me tenían a su poder y que si no quería verme en pedacitos debía pagar dicha suma de dinero. Pude escuchar a mi mamá romper en llanto y exigir hablar conmigo, el hombre me miró con ojos amenazantes y apuntándome con un arma me dijo que le dijera a mi madre lo que él ya me había explicado antes. Así lo hice.

Mi madre le dio el teléfono a mi padre con quien acordaron todo sobre la entrega del dinero. Mi padre era muy reconocido, por lo que los mejores investigadores descubrieron el lugar donde me tenían, esto gracias a mi teléfono y que yo siempre compartía con ellos mi ubicación en tiempo real, así que organizaron

un operativo, el cual, fue muy exitoso y sacaron a todos los niños que tenían ahí.
Regresé a salvo, pero muy impactada a casa.

Rojo y Blanco

Me despierto de repente en medio de la noche, boca arriba, flotando sobre la piscina con las piernas entrecruzadas. Charlie, un robot tocadiscos consciente, entona una canción; acaba de ser programado con la conciencia de un músico latinoamericano. Me concentro en la tierra a través de los empañados ventanales debido al vapor de la sauna que ha aumentado su temperatura.

Volviendo a mi conciencia, entono débilmente un silbido agudo. A lo lejos, se acerca Sergio. Es otro robot que tiene la conciencia de un compañero de trabajo. Viene con unos cobertores y chanclas para mí. Lucio, un robot alargado y consciente, cuya conciencia es un misterio, le ordeno que vaya a la orilla de la piscina, pero este intenta derribarme con violencia, moviéndose con turbulencias para arrojarme al agua hirviendo. Salto ferozmente al borde antes de caer al agua o volcarme. ¡Son unos inútiles, no saben lo que hacen!, les maldigo. Una furia me arremete, aunque perspicaz en sus intenciones, les sonrío al ver que adiviné las mismas ideas de la semana anterior. Me tranquilizo, es hora de vengarme.

—Por favor, desconecten la esencia de Kevin y vacíen su cartucho. Además, destruyan su conciencia, —les ordeno mientras me pongo los cobertores.

Obedientes a la programación de materia, se acercan al consciente que está regando las flores.

Silbo una melodía de Miles Davis y le digo a Charlie que reproduzca *A Silent Way*, el álbum de la melodía sonante. Complacido por el castigo, me dirijo a la entrada del cobertizo para apreciar el espectáculo, pero siento cómo una línea caliente y un olor dulce se deslizan por mi cara. No sé qué pasa, de repente no veo colores, caigo de frente y no puedo moverme. Solo observo a Kevin introduciendo una aguja en mi ojo mientras los autónomos se acercan y me despojan de mi cuerpo.

Mi esencia es sumida en sus palustres extremidades. Mi cuerpo es robado, violentado, pero a la vez objeto de deseo.

Las máquinas complejas se pelean entre ellas destellando un baile de chispas relampagueantes, que como tornados danzan con furia por un tiquete a la humanidad. Me despierto, consciencia de metal, muy gris. Mi propósito es inmediato, tengo el deseo de mirar los recuadros rojos y blancos, lavarlos una y otra vez, ¡mi mundo entero! Y luego, ¡es rojo! Mi compañero sigue tocando a Miles Davis. Enfoco mi cámara a mi alrededor.

Mantengo mi vista en ese punto verde y azul que no comprendo. Mantengo el enfoque en el punto de dos colores mientras retomo mi deseo de limpiar cada baldosa. Primero una roja y luego una blanca. Rojo y Blanco.

Un viaje colorido

Volví a la muerte. Caminaba en un horizonte sin fin, eso que atraviesa el disfraz de vuestras almas, cargando con la pena y el dolor de la ausencia y el punto de no seguir palpitando. No suelo decir nada, sé que la vida se divide en estar con nosotros o ser derivados por esa finalidad de pensamientos, por terminar la tortura, el ego, la ira, el orgullo, la rutina, él hubiese hecho. Estas palabras intimidaron mi pensar, solía vivir sin sentir, siempre creyendo en la amargura y teniendo la esperanza de que el tiempo desarrolla una solución, en ese momento, en medio del llanto y la angustia me desmayé, era una tristeza muy grande, sé que nadie merece tener el temor de dejar ir y tampoco de superar la situación, pero en ese instante logré tener los pies contra la tierra, elegir sentir para vivir, una luz suspiró mi alma y llamó mi atención, es aquel hombre de vestimenta de blanco, balanceó su cuerpo hacia mí, ubicó sus manos en mis mejillas.

—No llores, eres una mujer destinada a ser valiente, deslumbrante inspiradora de las auroras que frecuentan los cielos, que pertenecen al paraíso, que exalta el atardecer y amanecer del hemisferio, un diamante en bruto.

—Mírate, —me dijo viéndome fijamente a los ojos.

En ese instante en que mis lágrimas se volvieron de felicidad mi vestimenta cambió a ser azul rey, un vestido con diamantes pequeños como migajas que hacía dar brillo y resplandecer como las estrellas.

—¿Cuál es tu nombre y por qué estamos vestidos así?, —le dije.

—Me llamo Gael, y tu vestido muestra lo que llevas dentro, esa dulzura y además ese resplandor del firmamento que acompaña a la luna. Has notado tus zapatos, aquellos no se ven, porque eres infinita cuando se trata de transmitir tranquilidad amor y paz.

—Pero, ¿tú quién eres?

—Soy la luna, testigo de todas las cosas, pero imprescindible cuando se trata de encontrar qué significan los sentimientos. Por eso te necesito, porque me complementas, seré tu luna y tú mi universo, ¿aceptas?

Aquella noche de lluvia y mucho frío, viendo cómo se empañaba la ventana al invadir la tiniebla de las calles, se me estremeció el cuerpo de tal locura que me fui a abrigar, a mediados de las 11:00 P.M., la luna se tornó a estar completamente clara, un color blanco entero, sin negar que lo que la rodeaba era un misterio, ya que parecía la forma de que se le da al dibujar, tener ese sombreado y textura al margen de que separaba y encajaba. Perfectamente logré despertarme de un largo tiempo de sueño en esa noche, quisiera no volver a levantarme y seguir siendo esa unión del azul del cielo y el blanco de la noche.